

## EL PORVENIR DEL SOCIALISMO

Ciertamente ha llegado el momento de plantearse de nuevo la cuestión del porvenir del socialismo. Desde el principio de los años 80, la ofensiva ideológica de la derecha ultra liberal se ha impuesto hasta tal punto que las fuerzas socialdemócratas predominantes en la izquierda occidental han creído necesario adherirse ampliamente a sus propuestas. En el Tercer Mundo, los esbozos de un desarrollo relativamente autónomo han sido sistemáticamente desmantelados en beneficio de un retorno a la sumisión integral a las exigencias de la expansión capitalista mundial. Por fin, *leat but not least*, la caída brutal de los regímenes de Europa oriental abre la vía a una restauración posible del capitalismo por la inserción de las sociedades y economías de estos países en este mismo sistema capitalista mundial. La ideología liberal triunfante proclama la quiebra definitiva del socialismo.

Para los que piensan, como nosotros, que el socialismo constituye un sistema de valores cuya realización no está nunca "acabada", y no es pues un "modelo" que ya se habría "construido" aquí o allá, la cuestión es infinitamente más compleja. De entrada, diría que el riesgo real, hoy, es que las ilusiones de las que son víctimas los pueblos del Oeste, del Este y del Sur conduzcan

---

\* Economista marxista egipcio. Profesor de la Universidad de Dakar (Senegal).

a que la quiebra inevitable del liberalismo triunfante se haga en unas condiciones dramáticas para las clases populares desarmadas ideológicamente y políticamente. Más que nunca proclamaría que los términos de la opción son "socialismo o barbarie".

- 1-

Me parece útil partir, para este análisis, de la crítica de las tres bases fundamentales sobre las que se apoya la tesis liberal en boga.

*Primer postulado liberal:* el "mercado" expresaría una racionalidad económica en sí que se sitúa fuera de todo contexto social específico. Este postulado erróneo no es más que la expresión de la alienación economista que constituye lo esencial del contenido de la legitimación ideológica del capitalismo. De hecho, el "mercado" no determina las relaciones sociales; por el contrario, el marco definido por éstas determina las condiciones de operación del mercado. En la óptica economicista alienada, las leyes-económicas se conciben como análogas a las leyes de la naturaleza, imponiéndose como fuerzas externas a toda intervención humana, mientras que la economía es el producto de comportamientos sociales determinados.<sup>1</sup> No hay racionalidad económica en sí, sino sólo la expresión de las exigencias de un sistema social en el plano de la gestión económica. Este sistema social no es racional, desde un punto de vista humanista, si no es satisfactorio para los seres humanos que son sus víctimas: el paro, la polarización en el desarrollo mundial, el despilfarro ecológico son las manifestaciones de la irracionalidad de este sistema, el capitalismo realmente existente. Ahora bien estos

---

<sup>1</sup> Cf. S. AMIN, L'Eurocentrisme (Económica, 1988) p. 13-19; Le développement inégal (Minuit, 1973) Cap. II; igualmente Karl Polanyi, la libertà in una società complessa (Boringheri, 1987) y los trabajos de la escuela de Frankfurt.

fenómenos negativos son necesariamente producidos por el "mercado": la racionalidad del mercado reproduce las irracionalidades del sistema social.

*Segundo postulado liberal:* la identidad reversible capitalismo-democracia, democracia-capitalismo. Se trata aquí de una verdadera superchería.

La corriente de pensamiento dominante en nuestra época, ampliamente marcada por el evolucionismo y el pragmatismo anglo-sajón, empobrece el debate concibiendo la democracia como un conjunto de derechos y de prácticas precisos y limitados, independientes de la perspectiva social deseada. Esta democracia cumple entonces una función estabilizadora en la sociedad, dejando la "evolución" al cuidado de las "fuerzas objetivas" gobernadas en última instancia por la ciencia y la tecnología <sup>2</sup> que operan a espaldas de la voluntad de los seres humanos, empequeñeciendo así el papel y las funciones de los procesos revolucionarios en la historia.

El pensamiento socialista se sitúa en las antípodas de este tipo de razonamiento. El análisis de la alienación economista producido por Marx, central para toda comprensión científica y realista del mecanismo de la reproducción capitalista, conduce a rehabilitar la función decisiva de las revoluciones, momentos de transformación cualitativa y de cristalización de potencialidades imposibles de concebir sin ellas. En cada una de las tres grandes revoluciones del mundo moderno, (la francesa, la rusa y la china), en los momentos de su radicalización, el movimiento de las ideas y de las fuerzas sociales consiguió proyectarse más allá de las exigencias de la transformación social "históricamente objetivamente necesaria". Así, la democracia jacobina superaba las exigencias de la mera instalación de un "poder burgués". Aun-

---

<sup>2</sup> La ciencia y la tecnología como ideología es el título del capítulo de los trabajos de la escuela de Kankfort.

que funcionaba en un marco definido por la propiedad privada, su deseo de establecer un poder realmente al servicio del "pueblo" entraba en conflicto con la exigencia burguesa pura y simple. En aquella fase de desarrollo de la sociedad, la burguesía no aspiraba más que a una democracia censataria como la que practicó por lo demás en el siglo XIX. Por otra parte, la burguesía estaba dispuesta al compromiso con la monarquía y la aristocracia. Las aspiraciones del "pueblo" -es decir la masa de los campesinos y de los artesanos- iban mucho más allá. Este pueblo no tenía nada que hacer con la "libertad del comercio y de la empresa". ¡Hasta tal punto que, durante la Convención, descubriría esta consigna tan moderna: "el liberalismo (económico, se entiende) es el enemigo de la democracia"! Esta proyección hacia adelante iniciaba, además, una consciencia socialista que aún estaba por nacer (el Babouvismo lo atestigua). De la misma manera la URSS de los años 20 y la China maoísta se proyectaron en una visión comunista mucho más allá de las exigencias de la reforma "nacional popular" al orden del día. Ciertamente, estos momentos de radicalización son, por su misma naturaleza, frágiles; y conceptualizaciones más limitadas, pero en consonancia con las exigencias "objetivas", acaban venciendo. Pero nos equivocaríamos subestimando su importancia, ya que nos indican el sentido del movimiento necesario por venir.

La democracia burguesa es el producto de la revolución que destronó el dominio de la "metafísica tributaria".<sup>3</sup> Establece sobre esta base el "derecho igual" y las libertades personales, pero no la "igualdad" (salvo de derecho). Mucho más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX sólo, el movimiento obrero impone la democracia política no censataria y arranca derechos sociales, pero en el marco de un compromiso fundado sobre la aceptación de la gestión capitalista de la economía, compromiso posible a su vez por la polarización mundial en provecho de los

---

<sup>3</sup> L'Eurocentrisme, op. cit. cap. II sec. I.

centros industriales. Así la democracia occidental se limita al ámbito de lo político, mientras que la gestión económica permanece anclada sobre los principios no democráticos de la propiedad privada y de la competición. En otros términos, el modo de producción capitalista por sí mismo no exige la democracia, aunque la opresión que lo define se vuelva insensible por la alienación economista de toda la sociedad. En contrapunto, el proyecto socialista de sociedad sin clases, liberada de la alienación economista, implica estructuralmente la democracia. Una vez roto el resorte de la competición de los capitalistas, las relaciones sociales fundadas sobre la cooperación de los trabajadores y ya no sobre su sumisión, son impensables sin la expresión acabada de la democracia.

Si lo que se llama países del TercerMundo no ha conocido casi nunca un funcionamiento verdaderamente democrático de su vida política, no es por la herencia de su "cultura tradicional".<sup>4</sup> Lo que llamo "el capitalismo realmente existente", es decir el capitalismo como sistema mundial y no como modo de producción considerado en el grado más elevado de la abstracción, ha sido siempre hasta nuestros días generador de una polarización a escala mundial (el contraste "centros/periferias"). Por desgracia, esta dimensión ha sido siempre subestimada por el pensamiento socialista, en todas sus corrientes, incluso la marxista. Ahora bien, la polarización internacional inherente a esta expansión conlleva a su vez una polarización social interna cuyas manifestaciones son múltiples: desigualdad creciente en el reparto de la

---

<sup>4</sup> Cf. S. AMIN, *La question démocratique dans le tiers monde contemporain, Africa development*, 1989; cf. en particular nuestra crítica de las tesis neoweberianas (Richard Sandbrook, *The politics of Africa's stagnation*, Toronto 1987). Mirar igualmente las tesis de G. Arrighi en lo que se refiere al reparto mundial de los ejércitos activo y pasivo del trabajo en S. Amin, G. Arrighi, A.G. Frank, I. Wallerstein, *Transforming the Revolution*, que tiene que salir (nuestra contribución en esta obra se titula: *The end of national liberation?*)

renta, paro masivo y marginalización, etcétera. Al considerar el sistema mundial como la unidad dominante del análisis, se toma la verdadera medida de este hecho social cuyo alcance es decisivo para la comprensión de lo que está en juego en las luchas, a saber, que lo esencial del ejército de reserva del capital se sitúa en las periferias del sistema.

Por ello la inestabilidad constituye la regla en la vida política de las periferias. Sobre un fondo de dictadura violenta (militar o no según los casos), ampliamente sometida a las exigencias de la expansión mundial del capital, se dibujan de vez en cuando explosiones que vuelven a poner en tela de juicio estas dictaduras. Sin embargo, pocas veces llevan estas explosiones a una democracia política, ni siquiera relativa. El modelo más corriente es en efecto el de la respuesta "populista". Se entiende por ello la de los regímenes que combaten realmente algunos aspectos al menos del problema social y preconizan una estrategia de desarrollo capaz de atenuar las trágicas consecuencias de la periferización.

Existen sin embargo intermedios entre las dictaduras de derecha y/ o los momentos populares populistas en los cuales se desliza a veces una "pequeña democracia". Entendamos por ello regímenes que reconocen el principio de la elección, el multipartidismo y un cierto grado de libertad de expresión, pero que se abstienen de afrontar los problemas sociales fundamentales y/o de discutir las relaciones de dependencia y de sumisión al sistema mundial. Estas "democracias" no son más que la expresión de la crisis del sistema despótico normal del capitalismo. América Latina, Corea, Filipinas proporcionan ejemplos de las contradicciones no resueltas por estos regímenes. Porque los sistemas democráticos que se han impuesto en estas condiciones, están confrontados a un temible dilema. Una de dos, o bien el sistema político democrático aceptará el sometimiento a las exigencias del "reajuste" mundial, no podrá entonces programar ninguna reforma social importante y la democracia no tardará mucho en entrar ella

misma en crisis (como es ya el caso de Argentina). O bien las fuerzas populares, haciéndose con los medios de la democracia, impondrán estas reformas, El sistema entrará entonces en conflicto con el capitalismo mundial dominante y deberá pasar de proyecto nacional burgués a un proyecto nacional popular.

En las regiones de la periferia más miserablemente tratadas por la expansión capitalista, la situación es aún más desesperante. Porque la historia de la expansión capitalista no es sólo la del "desarrollo" que ha provocado. Es también la de las destrucciones salvajes sobre las que se ha ido construyendo. Existe en el capitalismo un aspecto destructivo que lo más normal es que se borre de la imagen elogiosa de este sistema. Aquí, el tipo de poder "normal" es el que han representado los *Tontons Macoutes* en Haití, Somoza en Nicaragua y un impresionante número de dictaduras de la misma calaña en el África contemporánea.

*Tercer postulado liberal:* la apertura total al sistema mundial constituiría una obligación "ineludible", la condición *sine qua non* de todo "desarrollo", La hipótesis teórica subyacente es que el "desarrollo" depende en lo esencial de condicionamientos internos propios de cada sociedad, siendo su integración en la economía mundial un factor potencialmente favorable (si se saben explotar las posibilidades que ofrece).

No sólo desmiente esta tesis la historia de los cinco siglos de expansión capitalista, que es la de una polarización siempre reproducida y profundizada hasta nuestros días y para todo el porvenir visible, sino que tampoco tiene fundamento científico alguno. Porque el "mercado mundial" en cuestión es un mercado truncado, limitado a las mercancías y al capital, mientras que -a pesar de las migraciones internacionales- nunca se ha planteado un "mercado mundial del trabajo" (y no se plantea en el porvenir previsible). Ahora bien, la economía liberal demuestra que la movilidad de un sólo factor de la producción (el capital) mientras los dos factores restantes (el trabajo y la naturaleza)

permanecen prisioneros de la geografía natural y política, no permite homogeneizar los niveles de productividad y las condiciones sociales.

La ley del valor mundializado, que opera en estas condiciones, sólo puede producir y reproducir la polarización (el contraste centros / periferias). En este sentido, el "factor externo" (la integración en el sistema mundial) es por naturaleza desfavorable y hasta cada vez más desfavorable. He expresado esta tesis recurriendo a una evidencia intuitiva: bastaron algunos decenios a la Alemania del siglo XIX para "alcanzar" a Inglaterra; ¿cuánto tiempo necesitará Brasil para "alcanzar" a los Estados Unidos?

Sin duda, la forma y el contenido de la polarización han evolucionado con el tiempo.<sup>5</sup> De la Revolución Industrial a la Segunda Guerra Mundial este contraste se ha basado sobre la oposición países industrializados/países no industrializados. La industrialización acelerada en ciertas regiones del Tercer Mundo no pone en tela de juicio, a mi parecer, la polarización, sino sólo sus formas. Los mecanismos de la nueva polarización están basados sobre la dominación financiera (las nuevas formas del capital financiero mundializado), tecnológica (en relación con la nueva revolución científica y tecnológica), cultural (con la intensificación del poder de *los media*), y militar. En esta perspectiva, los "nuevos países industrializados" no constituyen "semi-periferias" en vías de cristalización en nuevos centros, sino las verdaderas periferias de mañana.

Por el contrario, los países llamados del "cuarto mundo" ya no constituyen verdaderas periferias sino que son de la naturaleza de aquellas regiones destruidas por la expansión capitalista en sus formas anteriores. Ya que el estado lamentable del "cuarto mundo" no es el producto de un rechazo a inserirse en la divi-

---

<sup>5</sup> Cf. S. AMIN, *Réflexions sur le système international* (por salir, en inglés), obra colectiva (Peter Golding ed.). Cf. igualmente S. Amin *La déconnexion* (La découverte, 1985).

si3n internacional del trabajo ni de un "fracaso" de una tentativa de desconexi3n que all3 se hubiera intentado. En realidad, este "cuarto mundo" del que se habla como de una novedad, es un producto permanente de la expansi3n capitalista. Un buen y triste ejemplo de este "cuarto mundo" antiguo nos es dado por las regiones de la explotaci3n esclavista en la Am3rica del per3odo mercantilista: noroeste brasile3o, Antilla (Hait3, entre otras). Estas regiones fueron en aquel tiempo consideradas "pr3speras", y constitu3an el coraz3n de la periferia correspondiente al sistema de la 3poca. Posteriormente, las estructuras nuevas del desarrollo capitalista marginalizaron la importancia relativa de estas regiones, que se encuentran hoy entre las m3s tr3gicamente miserables del Tercer Mundo. Hoy en d3a, tanto el sistema que encerr3 a 3frica en la especializaci3n agro-minera con la explotaci3n extensiva de su suelo hasta el agotamiento, como la revoluci3n tecnol3gica que ahorra algunas materias primas, ¿no est3n ya excluyendo este continente de la divisi3n mundial del trabajo? Al padecer pasivamente una desconexi3n que las rechaza, las sociedades del cuarto mundo no pueden encontrar respuesta a sus problemas por las meras virtudes de la apertura. ¿No intenta aqu3 la recolonizaci3n, suavizada por la caridad, disimular el fracaso indudable de la soluci3n neoliberal?

Desde el punto de vista del inter3s de los diferentes pueblos del planeta, la unificaci3n del sistema mundial sobre la base unilateral del mercado no es por lo tanto deseable. Tampoco es la salida m3s probable de las evoluciones en curso, tan agudos son los conflictos que conllevar3 fatalmente el sometimiento al criterio universal del "mercado" operando en un mercado mundial "darwiniano". El discurso ideol3gico de Occidente, que hizo esta opci3n estrat3gica, tiende a enmascarar la acuidad de estos conflictos.

Los valores del socialismo encuentran su base científica (y no solamente moral) en el rechazo de las tres equivocaciones del pensamiento burgués analizadas anteriormente. Todas las corrientes del pensamiento socialista se han aplicado a superar la Filosofía de las Luces que se proponía descubrir el medio de instalar una sociedad "racional" de vocación eterna. El socialismo procede pues del análisis de los límites históricos de la "racionalidad" en cuestión, de hecho del capitalismo. Procediendo así, el socialismo define un proyecto de sociedad cualitativamente más avanzada, que va en el sentido de un mejor dominio por los seres humanos de su porvenir social. Aquí vuelve a encontrar también un lugar central la tesis marxista de la alienación: el proyecto de sociedad en cuestión implica la liberación de la alienación economista propia de la ideología burguesa. Este proyecto no puede ser definido por adelantado de forma más precisa. Porque si se puede precisar lo que hay que "abolir" (como la propiedad privada de los medios de producción, evidentemente) no se puede dibujar por adelantado -fuera de toda praxis social- los lineamientos de los métodos nuevos de gestión social. Intentar hacerlo sería además ir en contrasentido del método mismo del proyecto socialista de liberación que implica que la responsabilidad de la construcción del porvenir sólo pertenece a las generaciones sucesivas que harán esta historia.

Queda, evidentemente, que estamos confrontados al hecho que las sociedades llamadas socialistas de los países del Este abolieron la sociedad privada e instalaron sistemas de gestión económica y política autocalificados de socialistas. Ahora bien, estos sistemas están en vías de descomposición. ¿Debemos concluir con ello que el proyecto socialista en sí, él mismo es utópico?

Si queremos abrir un debate fecundo sobre estas experiencias, tenemos que volver a la cuestión de la naturaleza de las revoluciones llamadas "socialistas" y de las percepciones de los límites

históricos del capitalismo de donde proceden. Ahora bien, aquí dos actitudes son posibles.

-O bien se concentra la mirada sobre lo que define el capitalismo a su nivel de abstracción más elevado -es decir, la contradicción capital/trabajo- y se definen los límites históricos de la sociedad capitalista a partir de los que el economicismo que la caracteriza impone. Esta óptica inspira fatalmente una percepción "etapista" de la evolución necesaria: las sociedades capitalistas atrasadas -periferias- deben "alcanzar" el modelo avanzado antes de ser a su vez confrontadas a los desafíos de una superación posible (o quizás hasta necesaria) de los límites de este último.

-O bien se da más importancia en el análisis a lo que nos proponemos llamar "el capitalismo realmente existente", entendiendo por ello un sistema que, en su expansión mundial real, ha generado una polarización centros/periferias que no puede ser superada en el marco del capitalismo mismo. El socialismo, en todas sus corrientes ha subestimado esta dimensión del capitalismo, como ya dije antes.

Ahora bien, el encausamiento del orden capitalista a partir de las revueltas de su periferia obliga a volver a pensar seriamente la cuestión de la "transición socialista" a la abolición de las clases. Por muchas matizaciones que se hagan, la tradición marxista ha quedado en situación de inferioridad con la visión teórica como punto de partida de revoluciones obreras abriendo, sobre la base de fuerzas productivas avanzadas, una transición relativamente rápida, caracterizada por un poder democrático de las masas populares que es teóricamente más democrático que el más democrático de los estados burgueses. En contrapunto diré que el carácter profundamente desigual inmanente a la expansión capitalista ha puesto al orden del día de la historia la revolución de los pueblos de la periferia. Esta revolución es anticapitalista en el sentido que se alza contra el desarrollo capitalista realmente existente, insostenible para estos pueblos. Dicho de otra manera,

las contradicciones más violentas que la acumulación capitalista conlleva en su propio movimiento real operan en la periferia del sistema antes que en estos centros. Pero esta revolución anticapitalista no es por ello simplemente socialista. Tiene, por las circunstancias, una naturaleza compleja.

Las sociedades poscapitalistas están confrontadas a la exigencia de un desarrollo substancial de las fuerzas productivas. Resulta en efecto ilusorio pensar en fundar "otro desarrollo" sobre la indigencia, aunque se rechacen los modelos de vida y de consumo producidos por el capitalismo en sus centros avanzados y se mida su despilfarro real y su inhumanidad. Reconocer esta necesidad no es aceptar la tesis según la cual el paso previo por una fase de acumulación capitalista sería inevitable. Porque la revolución burguesa no es en su naturaleza profunda el producto de un movimiento de las masas populares organizadas y dirigidas por partidos políticos abiertamente anticapitalistas en su ideología y su visión del porvenir. Aceptada por la burguesía local, la expansión capitalista, que implica un desarrollo abierto sobre el sistema mundial, está aquí puesta en discusión por las masas populares que oprime.

La expresión de esta contradicción específica y nueva, que no se había imaginado en la perspectiva clásica de la transición socialista tal y como Marx la había concebido, da a los regímenes postcapitalistas su contenido real, el de una construcción nacional y popular en la que se combinan conflictivamente aspiraciones y adquisiciones de naturaleza socialista y aspiraciones de naturaleza capitalista que requieren las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas en algunos de sus aspectos.

Esta contradicción, inherente a la larga transición impuesta por el desarrollo desigual del capitalismo, ha sido llevada de una cierta manera que sin duda se puede definir por sus tres componentes fundamentales: la planificación burocrática (negándole cualquier papel al mercado), el monopolio político antidemocrá-

tico de la clase-partido-estado dirigente, una desconexión total en relación con el sistema mundial que iba prácticamente hasta la autarquía (ésta última impuesta a fin de cuentas por el bloque occidental más que deseada por los regímenes del Este). Que esta construcción, llamada socialista, haya operado con un sistema político no democrático y con una planificación burocrática, constituye ciertamente una realidad importante, cuya explicación compleja debe establecer, además de las determinaciones históricas sociales y culturales, los efectos de la ideología del movimiento socialista que ha producido la *intelligentsia* revolucionaria de estos países (el leninismo, el maoísmo). No obstante, no sólo la hegemonía nacional popular podría, a mi parecer, funcionar de otra manera, dando paso a la democracia política y a los mecanismos del "mercado" (que, como tampoco en las economías capitalistas, no existe fuera de la base social que determina sus contornos), sino que afirmo que la progresión de esta hegemonía nacional popular exige que vayamos en este sentido.

En estas condiciones, la amplitud de la crisis de las sociedades del Este no nos ha sorprendido en absoluto, aun cuando sí lo hemos sido por su carácter repentino. Hoy, estas sociedades están confrontadas a una triple opción que resumo brevemente bajo los tres encabezamientos de capítulo siguientes:

1. ¿Evolución en el sentido de una democracia burguesa o progreso más allá de ésta por la consolidación del poder social de los trabajadores en la gestión de la economía?
2. ¿Restablecimiento de una "economía de mercado" pura y simple o progreso de fórmulas eficaces que permitan encuadrar un recurso controlado a los mecanismos del mercado gracias a una planificación democrática?
3. ¿Apertura exterior total e incontrolada o dominio de las relaciones con el mundo capitalista ambiente, siquiera sobre la base de una intensificación de los intercambios?

La confusión tanto en el debate teórico como en los enfrentamientos políticos que sacuden los países del Este proviene en parte del hecho que la naturaleza verdadera "nacional popular" de la etapa histórica abierta por *las* revoluciones que inauguraron la historia de los regímenes en cuestión, permanece oculta por la herencia ideológica que les califica de "socialistas". Pero proviene sobre todo del hecho que las fuerzas conflictivas del capitalismo y del socialismo se enfrentan aquí con la realidad de las luchas en cuestión. Las fuerzas que aspiran a "restablecer el capitalismo" predicán por eso la adopción unilateral del "mercado" (trampolín a partir del cual se restablecería la propiedad privada) y de la "apertura exterior", con o sin democracia (entendida entonces en el sentido occidental del término) según las exigencias tácticas de la puesta en práctica de este proyecto. Si las fuerzas socialistas balbucean en su resistencia a este proyecto, y si les resulta difícil articular un contraproyecto coherente (según las líneas esbozadas antes) es porque la ausencia de debate democrático y la ilusión ideológica apuntada más arriba constituyen desventajas mayores para su acción. Añado que la ofensiva ideológica de Occidente, orquestada por medios de comunicación poderosos, está enteramente al servicio de las fuerzas procapitalistas, aunque sean antidemocráticas. La respuesta a las tres preguntas planteadas anteriormente resultará de una intensa lucha de clases internas, ya en curso (aunque bajo una forma silenciosa). Existe ahora en los países del Este una minoría fuerte (¿20%?) que podría beneficiarse de una restauración capitalista. Pero ésta sólo podrá acceder al nivel de vida occidental al que aspira aplastando a las clases populares con motivo de la insuficiencia de los niveles de desarrollo y de competitividad internacional alcanzados por los países socialistas.

En esta lucha, los pueblos de los diferentes países del Este parten desigualmente armados. Intuitivamente se pueden captar las razones por las cuales los pueblos que han hecho una revolución

nacional popular llamada socialista (URSS, China, Yugoslavia, etcétera) disponen de un equipamiento ideológico que quizás les permita imponer salidas progresistas a sus luchas. Por el contrario, los de Europa del Este que no tienen una experiencia histórica comparable, corren el riesgo de dejarse deslumbrar por la atracción de su anexión a Europa Occidental.

En la crisis actual, las reivindicaciones democráticas como las que se refieren al recurso al "mercado" y a la apertura exterior siguen siendo ambiguas ya que reagrupan a los que quieren utilizarlas como pedestal para avanzar más hacia el capitalismo y a los que aspiran a dar un contenido social progresista a la gestión política y económica de su sociedad, realizando así un avance socialista auténtico. Es interesante apuntar con este fin que las encuestas sociológicas realizadas en la URSS muestran que las clases privilegiadas optan más por la fórmula "democracia pluralista (a la Occidental) y mercado abierto sobre el exterior" mientras que las clases populares permanecen vinculadas a lo adquirido con el "socialismo" (empleo garantizado, servicios sociales, independencia nacional y propiedad pública) y por lo tanto a fórmulas de "planificación" todo y optando por la democratización del sistema político. El poder de Gorbachov hace aparentemente juegos malabares con estas dos corrientes antinómicas, aliadas sólo frente a los "conservadores" (que no hubieran deseado "ningún" cambio). Se notan discrepancias similares en Yugoslavia. En China se sabe como Deng Xiaoping optó por una fórmula de doble apertura capitalista interna y externa sin democratización. (El modelo al que lleva lógicamente esta opción podría recordar el de Corea del Sur o de Taiwan), una opción (¿es necesario recordarlo?) sostenida con entusiasmo por Occidente. Su cuestionamiento por el movimiento democrático sigue siendo ambiguo ya que este movimiento reunió en la confusión fuerzas minoritarias pero bien representadas en las clases acomodadas que aspiraban abiertamente a una restauración del capitalismo y otras, mayoritarias en la opinión popular

(algunas de las cuales reivindican el maoísmo) que se alzan contra los resultados sociales inaceptables para ellos de los desarrollos capitalistas de la era Deng Xiaoping.<sup>6</sup> Los medios de comunicación occidentales, al calificar la represión del movimiento como una vuelta al "maoísmo", amalgamada con el "estalinismo", no han contribuido ciertamente a esclarecer las cosas, aunque hayan cumplido perfectamente su papel en el apoyo de la opción reaccionaria de una "restauración del capitalismo", aunque ésta última deba hacerse en detrimento de la democratización.

La situación es sensiblemente diferente en los países del Este europeo que no tienen un pasado revolucionario. Aquí, los "logros sociales" aunque reales, no han sido conquistados, sino concedidos de manera paternalista por partidos comunistas implantados por la Unión Soviética. Es evidente que, para un experto de la Banca Mundial por ejemplo, el problema polaco es sencillo: hay que reducir los salarios (sin relación con las productividades) en un 50% y tolerar un volumen de 2 a 3 millones de parados. Esta situación, que presenta bastantes analogías con la de Argentina, está oscurecida por las ilusiones del pueblo polaco, a quien nadie le ha explicado que en el sistema mundial en el cual aspira a integrarse, su posición es más cercana a la de los países del Tercer Mundo que a la de las sociedades occidentales en las que se despliega la socialdemocracia avanzada. Así debemos temer aquí la desviación de una democracia de transición hacia un régimen autoritario (tipo Pilsuski, asentado sobre la Iglesia católica), único capaz de imponer la disciplina del capitalismo. Evoluciones de este tipo son también de temer Hungría por ejemplo. Es difícil, en el momento actual, concretar más, sobre todo en lo que se refiere a Alemania oriental, cuyas luchas

---

<sup>6</sup> S. Amin, *L'avenir du maoisme* (Minuit, 1981) obra cuyo título mismo que se inscribía a contracorriente, preveía quizás mejor que otros el rechazo probable del pueblo chino a la apertura a la Deng

internas se entrecruzan con las aspiraciones unitarias del pueblo alemán y las iniciativas que Bonn les dará como respuesta (o por adelantado).

De una manera general, llama la atención la increíble candidez a la que ha llevado la despolitización impuesta por los regímenes no democráticos de Europa del Este. Los ataques contra la *nomenklatura*, lejos de ser la expresión de un rechazo socialista de los privilegios, parecen ignorar que la clase que aspira a constituirse en burguesía estará fatalmente constituida por esta misma *nomenklatura*, que los "privilegios" de los que se benefició hasta ahora no son nada en comparación con las desigualdades sociales en los países capitalistas y que precisamente ¡la *nomenklatura* aspira ahora a acceder a este estatus burgués aún más confortable!

La iniciativa del "cambio" en el Este es en efecto tomada desde arriba por la clase dirigente ella misma. Constituida ella misma sobre la base del "estatismo" que ha sido el medio de llevar la contradicción capitalismo/socialismo en la construcción nacional popular, esta clase desea ahora librarse de las obligaciones de la dimensión popular del sistema y opta francamente por el capitalismo. El "hundimiento voluntario" del sistema al que se entrega, hasta el punto de sorprender a los comentaristas occidentales, no es de extrañar: constituye el término lógico de su evolución, que Mao había previsto perfectamente

En su ataque contra su propio sistema, esta clase se hace eco de todos los viejos prejuicios de la crítica del socialismo por la ideología burguesa, pero se abstiene de decir que el sistema que deja de lado había sido muy eficaz ya que permitió precisamente su propia constitución en burguesía.

Añadamos que la confusión se acentúa ciertamente con la incorporación de los conflictos nacionales internos (URSS y Yugoslavia) o externos (Alemania/Polonia, Hungría/Rumanía) a las

luchas sociales internas.<sup>7</sup>

- 3 -

La cuestión del provenir del socialismo no se resume en sus avanzadas o sus retiradas eventuales en los países del Este.

Para los países del tercer y cuarto mundo –periferias verdaderas y sociedades aniquiladas por la expresión capitalista- si un desarrollo capaz de responder a las necesidades materiales del conjunto de las capas sociales de la nación se revela imposible en el marco del capitalismo, se impone el examen de la opción alternativa de otro desarrollo pensado fuera del sometimiento a las coacciones globales. Este es el sentido de la expresión “desconexión”. La desconexión no es una receta sino una elección de principio, la de desconectar los criterios de racionalidad de las opciones económicas internas de los criterios que gobiernan el sistema mundial, es decir, el liberarse del apremio del valor mundializado sustituyéndole una ley del valor de alcance nacional y popular. Así, si la burguesía es incapaz de desconectar, y si sólo una alianza popular debe y puede convencerse que es una necesidad ineludible de todo proyecto de desarrollo digno de este nombre, la dinámica social debe llevar a inscribir este proyecto popular en una perspectiva para la que no encontramos otro calificativo que el de socialista. Quedando claro que el socialismo en cuestión sigue siendo un proyecto de sociedad, y no una realidad ya construida aquí o allá que sólo se trataría de imitar. Las evoluciones en curso en la economía y en la organización política y cultural mundiales no están destinadas a atenuar el carácter polarizante inmanente del capitalismo realmente

---

<sup>7</sup> Desgraciadamente no podemos intentar integrar aquí en pocas líneas la cuestión nacional, de la cual nunca subestimamos la importancia (cf. S. Amin, *Classe et Nation*, Minuit, 1979).

existente, sino que pueden hacer resaltar aún más los contrastes en los que se expresa. Las políticas de sometimiento a la unificación del mundo por el mercado –que para la periferia se llaman “reajuste” (que califico como unilateral, ya que se habla de “reestructuraciones” cuando se trata de los centros)- no pueden neutralizar la nueva polarización, y no constituyen pues una alternativa aceptable a la ruptura nacional popular que sigue imponiéndose más que nunca, porque las burguesías nacionales del TercerMundo que habían recuperado en beneficio propio el movimiento de liberación nacional están ya ampliamente “compradorizadas” por la evolución misma del sistema mundial y por ello, son incapaces de modular la nueva mundialización en provecho de su país. Sin duda, las clases populares víctimas de estas evoluciones están aún en el momento de la confusión que sucedió al agotamiento del antiguo movimiento de liberación nacional. Por lo que resulta difícil prever la próxima etapa concreta de la revolución popular ininterrumpida que amenaza siempre la mundialización con un estallido en las periferias del sistema que siguen siendo, a largo plazo, la “zona de las tempestades “.<sup>8</sup>

En lo inmediato las respuestas de los pueblos del Tercer Mundo parecen generalmente tan inadecuadas como en cualquier otra parte. El renacer de las expresiones culturalistas de las cuales los movimientos religiosos fundamentalistas son los paladines aquí y allá, es en sí mismo un síntoma de la crisis y no la respuesta adecuada a su desafío.

Existen sin embargo algunas señales que indican una posible superación de este callejón sin salida. La experiencia ejemplar de Nicaragua <sup>9</sup> ilustra el hecho que la “democracia jacobina”,

---

<sup>8</sup> Cf. *La déconnexion* (op. cit.), cap.I y V: Amin, *La faillite du développement* (Harmattan, 1989) cap.VI; y también nuestra contribución a *Transforming the Revolution*.

<sup>9</sup> Mis escritos sobre estos movimientos están principalmente en árabe. En

rejuvenecida con la aportación de los momentos de la radicalización de las revoluciones socialistas de nuestro tiempo, es de hecho la democracia a la que aspiran —siquiera confusamente— las clases populares del Tercer Mundo contemporáneo. Ésta se distingue de la democracia burguesa liberal, que ignora la dimensión de las reformas sociales necesarias, como de las “movilizaciones populistas” a las que hicimos referencia antes, cuyo desdén de la democracia ha agotado el potencial renovador.

No se ha reflexionado bastante en Occidente sobre el significado del fracaso de los fundamentalistas islámicos en Afganistán, presentados por los *media* como “combatientes de la libertad” (aunque en su programa se propongan cerrar las escuelas abiertas por los “ateos a sueldo de Moscú”, empezando cómo no por las escuelas de chicas), que tenían que entrar con toda seguridad en Kabul al día siguiente de la retirada de las tropas soviéticas.

No hay ninguna razón para excluir a Occidente del debate sobre las perspectivas del socialismo. No hay ninguna razón que autorice a despreciar la historia del movimiento obrero que permitió las realizaciones de la socialdemocracia avanzada, y tampoco hay razón alguna para ignorar las conquistas democráticas de Occidente. Pero quien no avanza retrocede. Una avanzada socialista en Occidente implica liberarse de la alienación economista y de la idolatría de la democracia pluralista en las condiciones en las que se practica.

La conciencia de la interdependencia ecológica ha hecho sin duda una irrupción irreversible en nuestro mundo, y tenemos que felicitarnos por ello. Pero los principios mismos del capitalismo se revelan impotentes para manejar sus apremios. Porque el “mercado” es un conjunto de mecanismos que operan sobre la base del corto plazo —máximo 15 años—, mientras que los efectos ecológicos del desarrollo de las fuerzas productivas-problemas

---

francés: *Existe-t-il une économie politique islamique?* Peuples méditerranéens núm, 21, 1982; También: *L'Eurocentisme*, op. cit., cap. II, sec. IV.

de ozono, del efecto de invernadero, etcétera- se sitúan en un horizonte secular o hasta más lejano. Por lo que es completamente imposible evitar la catástrofe sin aceptar el principio de una planificación racional –término muy poco de moda- que transgreda el “mercado”. Es absurdo creer poder hacer frente al problema con la “interiorización de los costes externos”-que no pasa de ser una chapuza-. También es lícito preguntarse si el principio democrático que conocemos –el sistema electoral- es capaz de permitir la gestión ecológica del planeta. Al no poner en evidencia, lo más a menudo, esta contradicción inmanente del sistema, muchos ecologistas alimentan una doble hipocresía fatal. Porque por una parte, las clases trabajadoras –hasta en el Occidente democrático- no tienen la última palabra en la decisión económica, y por la otra, los países del Tercer Mundo tampoco tienen ninguna responsabilidad importante en la degradación del planeta.

Por otro lado, la intensificación de la comunicación que opera en el marco del capitalismo realmente existente como sistema mundial, no constituye un factor de liberación y de democratización, muy al contrario. El observador que no vive permanentemente en la cotidianeidad occidental queda siempre sorprendido por el increíble aporreamiento de los espíritus por los *media* dominantes. De un país a otro, de los liberales y conservadores a los socialistas, el consenso impone la adopción de actitudes idénticas sobre todos los grandes problemas. El pluralismo tan alabado como sinónimo de democracia queda vacío de todo contenido, mientras que los competidores de la clase política resaltan por el contrario artificialmente las divergencias sobre cuestiones menores y provinciales. En el momento en que se proclama “el fin de las ideologías” nunca Occidente había estado tan terriblemente sometido a un discurso ideológico tan exclusivo.

Al hacer referencia en otra parte a las notables brechas en la consciencia occidental –que representan entre otros los temas

del feminismo, de la aspiración a espacios “no mercantiles”, etcétera- he creído sin embargo necesario expresar reservas sobre el alcance de estas brechas, que podrían ser “absorbidas” por un sistema fundamentalmente capitalista e imperialista en sus relaciones con la periferia, o por el contrario podrían iniciar una evolución positiva. Todo dependerá finalmente de los conceptos que los pueblos de Europa, de los Estados Unidos y del Japón se harán de su “competencia”, como de las relaciones Este-Oeste y Norte-Sur.

Hasta hoy, las contradicciones interoccidentales no han franqueado jamás los límites de la competencia mercantil, y los japoneses y los europeos no se han atrevido nunca a adoptar una postura sobre cualquier problema que pudiera realmente disgustar a los Estados Unidos. ¿Será eso siempre así en el futuro? La cuestión sigue abierta. Según algunos, estos conflictos deben ir agravándose y llevar finalmente a un estallido relativo de la unidad del mercado mundial y a la constitución de zonas de influencia alrededor de los polos dominantes –Estados Unidos, Japón, Europa-. La consolidación de la disminución de la tensión en las relaciones Oeste-Este debería reforzar esta posibilidad, al ser ya inútil el “paraguas” militar americano. Pero no puede uno dejar de tener dudas sobre la consistencia eventual de una política neoimperialista común de Europa: acorralada entre la competencia de las periferias industrializadas, mejor situadas en lo que se refiere a las industrias tradicionales, y la del Japón y los Estados Unidos potencialmente mejor armados en los ámbitos de las nuevas tecnologías, ¿llegaría Europa a imponerse? Por otro lado, la apertura del Este europeo a una recuperación de la expansión alemana podría desolidarizar a Bonn de sus asociados de la CEE y complicar aún más la evolución de las relaciones intra-oeste. De todos modos, se puede plantear la pregunta de saber si la prosecución de la construcción europea –el horizonte 1992 de la CEE- resistirá a la ausencia de toda política social común. Lo dudo pues me parece que los conflictos sociales to-

marían entonces una amplitud insospechada.<sup>10</sup>

De hecho, los términos de la alternativa más probable parecen ser los siguientes: o bien los occidentales se empeñan en querer construir la Europa del mercado común capitalista tal y como está concebida, y esta Europa será entonces fatalmente alemana, con o sin anexión de la Europa oriental a este proyecto; o bien las fuerzas progresistas en Occidente comprenderán que otra Europa –la de la “casa común” planteada por Gorbachov- implica una mayor autonomía social –en la interdependencia- de todos los asociados, occidentales, alemanes y orientales.

El porvenir del socialismo en el Occidente europeo dependerá pues mucho de la evolución de las relaciones intra-europeas. Sin duda la bipolarización ideológica surgida de las revoluciones socialistas desde 1917 se borraría si el capitalismo llegase a ser restaurado en los países en cuestión. Una evolución de este tipo que, por desgracia, buena parte de la izquierda occidental está deseando por anticomunismo, se soldaría con un retroceso duradero de las aspiraciones socialistas en Occidente. Ya que no se haría en absoluto en provecho de un auge de la socialdemocracia, sino en provecho de la derecha. Por el contrario, en la hipótesis de la profundización de las evoluciones nacionales populares en los países del Este, todo dependerá de su resonancia sobre los pueblos de Occidente. Porque esta profundización podría dejar las cosas al estado de relaciones frías, si con la ayuda de las ilusiones de la alienación economista, los trabajadores de Occidente siguen considerando que, ya que sus niveles de consumo son superiores, nada tienen que aprender del Este. Pero también podría iniciarse un renuevo de la conciencia socialista en Occidente. Es la hipótesis más favorable a la causa del socialismo, que me parece ser la de la perspectiva de la “casa co-

---

<sup>10</sup> X. Gorostiaga, *La transición difícil*, Managua 1987.

mún” propuesta por Gorbachov<sup>11</sup>

Pero en definitiva, el eje central que decidirá el porvenir del socialismo en Occidente, será el que definen las relaciones Norte-Sur. No es nada nuevo para nosotros, ya que nuestra tesis central está construida sobre la toma de conciencia de la dimensión determinante en la historia que constituye la polarización inmanente a la expansión capitalista mundial. La agudeza del conflicto Este-Oeste había, sin duda alguna, ocultado durante cierto tiempo, el conflicto, más fundamental, que resulta de esta polarización, exactamente lo mismo que antes de 1914 el conflicto inter-imperialista ocupaba la delantera del escenario. La atenuación de los conflictos intra-occidentales y del contraste Este-Oeste viene acompañada por un rebrote de la hostilidad hacia los pueblos que son las primeras víctimas de la expansión capitalista, los de Asia, África y América Latina. Muchas señales indican hoy esta evolución regresiva: el ascenso de los racismos y de la arrogancia colonial, hasta en puntos más precisos la “reconversión” de las bases de la OTAN cuyos cañones apuntan ahora hacia la ribera sur del Mediterráneo.<sup>12</sup>

- 4 -

Los límites de una nueva mundialización capitalista posible siguen siendo pues muy inciertos. Su configuración resultará de conflictos que tendrán necesariamente lugar, a pesar del discurso ideológico del liberalismo. A fin de cuentas, hasta en la hipótesis absurda que las fuerzas nacionales y sociales en conflicto acepten sacrificar sus intereses vitales divergentes para someterse a la estricta lógica de la "mundialización por el mercado" el mundo así reconstruido sería espantoso. Así, el porvenir que-

---

<sup>11</sup> S. Amin, *In favor of a polycentric world*, IFDA, Dossier 69-1989.

<sup>12</sup> S. Amin, *commune Europe*, IFDA, Dossier 73-1989.

da abierto a diferentes posibles y nada justifica pues la abdicación del pensamiento y de la lucha para promover un proyecto global mejor; no se trata aquí de subjetivismo voluntarista, porque las decisiones políticas que subtienden los proyectos por venir son parte integrante de la objetividad histórica. La exploración de los diferentes posibles exigía entonces que se estudiaran los términos de las alternativas en relación con tres órdenes de evolución referidos:

- 1) al contraste centros/periferias gobernado por la lógica del sistema;
- 2) a las relaciones Oeste-Este;
- 3) a la competición intra-oeste. He intentado hacerlo brevemente partiendo de la lógica de la unificación unilateral por el mercado que constituye la esencia del proyecto occidental.

Más que nunca las fuerzas de izquierda tienen el deber de promover una alternativa creíble a esta opción catastrófica. No me extenderé aquí sobre los lineamientos posibles de esta alternativa algunos de cuyos aspectos he discutido en otra parte.<sup>13</sup>

Primero: la única estrategia con sentido para las fuerzas progresistas a escala mundial, sobre cuya base un internacionalismo de los pueblos de las tres regiones (Oeste, Este, Sur) podría encontrar una nueva inspiración, debe inscribirse en la perspectiva de la construcción de un mundo "policéntrico" que articule las diferentes regiones que lo componen de una manera flexible que permita la implantación de políticas específicas requeridas por la diversidad de los niveles de desarrollo y de las situaciones objetivas.

Hay que reconocer desde un principio que los problemas que

---

<sup>13</sup> Observación estudiada por Alberto Santos (grupo de estudios del CEDE-TIM, París). Cf. S. Amin, F. Yachir, *La Méditerranée dans le monde*, 1,1 découverte 1988.

los pueblos del mundo tienen que solucionar son diferentes de una región a otra; por consiguiente el sistema mundial debe ser de manera tal que un espacio de autonomía permita a los pueblos promover sus intereses; hay que conciliar la "interdependencia general" y este deseo legítimo de autonomía; hay que substituir la lógica del reajuste unilateral de los más débiles en búsqueda de una expansión en provecho exclusivo de los más fuertes, por la lógica de un reajuste mutuo y recíproco,

Segundo: el policentrismo significa para los países del Este y del Sur la persecución de políticas de desarrollo desconectadas en el sentido que di a este concepto -el sometimiento de las relaciones externas a las exigencias del progreso interno y no a la inversa que constituye la esencia del ajuste unilateral por el mercado-. Esta estrategia se inscribe en la perspectiva de avanzadas posibles en dirección hacia el socialismo -por la democratización y el refuerzo de su contenido nacional popular-, y no de una "restauración del capitalismo" en los países del Este, y en la de un rechazo en la compradorización de los países del Sur. También debe permitir avances progresistas en los países de Occidente, con la apertura de espacios no mercantiles y con otras reformas centradas sobre la socialización de la gestión económica, Para Europa se inscribe en la perspectiva de un acercamiento Este-Oeste basado en el respeto a la diversidad de las situaciones en las antípodas de la visión agresiva del *roll back*.

Tercero: en lo que se refiere más particularmente al Tercer Mundo, esta estrategia privilegia el concepto de progreso -en la organización de las fuerzas productivas- aunque sea en detrimento de la "competitividad internacional" inmediata. Inscribe en prioridad en su orden del día los objetivos de una revolución agrícola asumida en la igualdad máxima -de manera a reducir los ritmos de una urbanización incontrolable y a tener en cuenta los estrechos límites de la emigración internacional-, de la transformación de las actividades informales explotadas y dependientes en una economía popular de transición, Llama a una

combinación eficaz plan-mercado, fundamento de una democratización preocupada por tener un contenido social popular. La visión del policentrismo que inspira da a los países y a las regiones del Tercer Mundo un margen de autonomía que les es negada tanto en el modelo de la unificación mundial por el medio exclusivo del mercado como en el de una regionalización controlada por los polos desarrollados rivales principales.

Cuarto: en el ámbito de las acciones a emprender al nivel de la organización internacional de la interdependencia general, esta estrategia pretende animar el desarrollo de embriones de un "gobierno mundial democrático" por oposición al "directorio de los siete ricos" como por ejemplo poniendo en marcha un impuesto mundial destinado alas intervenciones ecológicas. También se propone reducir las tensiones producidas por el exceso de armamento, en particular de las superpotencias. Ambiciona por fin dar un nuevo aliento a la institucionalización democrática de la gestión del mundo renovando la ONU.

Por fin, para terminar, diré que la construcción de un mundo policéntrico que abra perspectivas a nuevos avances socialistas implica la toma de conciencia de la dimensión cultural universalista del proyecto de porvenir. Propuse en otra parte sobre este tema la doble crítica del eurocentrismo y de los nacionalismos culturalistas que constituyen su imagen invertida.<sup>14</sup> ■

Biblioteca  
OMEGALFA  
[www.omegalfa.es](http://www.omegalfa.es)

---

<sup>14</sup> S. Amin, *Une autre configuration des relations internationales Ouest-Est-Sud est-elle souhaitable, probable, possible?* Forum de Delphes, Flarmattan 1989. *L'Europe et les rapports Nord-Sud, l'événement européen*, núm. 7-1989.

